

Credulidad, y el otro, *Escepticismo*; y ambos eran los mayores enemigos de la *Verdad*.

Una noche salió el Espíritu al jardín que rodeaba la casa. Por medio de su poder mágico había logrado transformar algunos de los animales en hombres que le seguían; pero sabiendo su paradero, el dueño envió sus criados á arrestarle; más como *Credulidad* y *Escepticismo* no habían visto jamás al Espíritu de Sabiduría y no le conocían, se dirijieron á *Lógica*, el cual por medio de cierta treta de argumentación que había aprendido en el Occidente de una bruja llamada *Curiosidad*, logró acercarse al Espíritu de *Verdad* y le besó. Entonces los dos criados sujetaron pérfidamente al Espíritu de Sabiduría y le hicieron crucificar. Pero siendo inmortal, no podía morir el Espíritu; los hombres que trataron de matarle, solo destruyeron su forma, volviéndose así incapaces de ver su expresión exterior, y el Espíritu de Sabiduría regresó á su eterno hogar para volver á descender repetidas veces en el corazón de los hombres, y repetir sempiternamente el mismo proceso, naciendo, siendo crucificado y resucitando todos los días.



JEHOVAH

*Un Dios hermoso es la más noble
producción del Hombre.*

Los dioses que los hombres crean son seres maravillosos. Poseen todas las virtudes y todos los vicios de los que los hicieron, y á su vez vuelven á sus criadores viciosos ó virtuosos, necios ó sabios. Es cosa sabida para el estudiante de la ciencia oculta que si un hombre hace consciente y voluntariamente una acción, ya buena ya mala, llama á la existencia un poder viviente que reacciona sobre él, hasta que se agota la fuerza con la cual la ha dotado el que la conjuró, y mientras vive puede ser para su creador una maldición ó una bendición. Igual cosa sucede con la creación de dioses, y la ley que rige al individuo rige también á su nación.

Desde el cautiverio en Babilonia, la nación judía parece haber sido maldita. Los judíos han sido perseguidos en casi todos los países, y doquiera que han ido han sido odiados. Justa ó injustamente se han hecho casi proverbiales su cobardía, su egoismo y su codicia; como nación, han excedido á las demás en acumular tesoros.

En su totalidad se les considera tiránicos, inflexibles y obstinados, mientras que por otra parte exceden á las demás naciones en las virtudes que tienen su origen en un estado de separación y de aislamiento: están firmemente unidos, se ayudan los unos á los otros en la necesidad; quieren á sus familias, y son aún héroes al defender aquello que pueden legalmente revindicar como suyo.

Si tratamos de remontarnos hasta el origen de la maldición que parece pesar sobre ellos, podemos encontrarla en el hecho de que han creado á aquel dios cruel, sanguinario y egoísta, al cual llaman «Jehovah», y el dios que habían creado reflejó sobre ellos sus propios atributos y llegó á ser el instrumento de su castigo. Materializaron una grande idea, la aprisionaron en una forma limitada y le dieron vida; y encadenándose á esta forma se volvieron sus esclavos. Al crearse un dios propio, separado y aislado del dios universal de la humanidad, se separaron y se aislaron del resto de los hombres; ese dios, cuyos favoritos se imaginaban ser, era el resultado de su egoísmo y se convirtió en el instrumento de su tortura. El nacimiento de Jehovah vino á ser la maldición que les siguió tenazmente por doquiera que anduvieran.

Durante millones de años el eterno Brahm, el grande y universal Sol Espiritual de Sabiduría, había enviado sus rayos benéficos en el mundo de la mente. No hacía distinción de personas, sino que daba la luz de la Sabiduría á todos los que abrían su corazón para recibirla; el agua de la verdad caía cual lluvia sobre todos, y refrescaba á los que abrían su alma para beberla. La vida, la Luz y la Felicidad eran accesibles á todo el género humano sin intervención de sacerdotes or-

denados por los hombres; el Dios Universal no pedía otro sacrificio que el que se eleva espontáneamente de un corazón puro, la adoración del Bien absoluto—sacrificio que, encendido con el fuego del amor desinteresado, se eleva cual una nube al trono del Eterno y vuelve á bajar cual rocío celestial, derramando sobre el que ofrece el sacrificio siete veces lo que dá.

Así en los tiempos antiguos los sacerdotes ordenados por el cielo—es decir todos los seres humanos que tenían conciencia de la existencia de un ideal divino universal—alimentaban á los dioses con sacrificios de pensamientos puros y exaltados (1); enviaban sus aspiraciones espirituales del altar de un corazón puro á las más altas regiones del pensamiento y hacían obrar á unas fuerzas espirituales que reaccionaban sobre ellos, dotándolos de conocimientos y ennobleciendo sus índoles. Sus «oraciones» servían para adelgazar el velo de materia que los rodeaba y facilitaba ver más allá de las puertas de sus prisiones. El estado superior de conciencia al cual se elevaban, creaba en sus almas una nueva «Jerusalén» y les hacía realizar su verdadera naturaleza humana y su verdadera condición como poderes espirituales incorporados, reyes y señores de la creación. No necesitaban de la ayuda de dioses personales exteriores porque tenían conciencia del Espíritu universal de Sabiduría que en ellos obraba.

Más como al crecer la población, se hizo más reñida la lucha por la existencia terrestre, y los hombres, obligados por las circunstancias exteriores, empezaron á prestar más atención á sus necesidades animales que no á los requisitos de la vida en el Eterno; como al ser fuer-

(1) Bhagavad—Gita III 12.

temente atraídos por las cosas sensuales iban perdiendo en la misma proporción la facultad de concebir aquello que trasciende la percepción sensual; —perdieron la confianza en el divino poder dentro de ellos, clamaron por ayuda de fuentes exteriores. Olvidáronse de la *oración* y aprendieron á mendigar; y como ningún dios apareciera para darles lo que pedían, inventaron dioses para sí. Necesitaban dioses que prometieran salvarlos de la esclavitud, porque habiéndose esclavizado al *Ego*, estaban entonces demasiado ocupados en ejecutar las órdenes de su amo y en atender á sus negocios, para prestar mucha atención á su salvación y trabajar eficazmente por recobrar su libertad. Así desapareció de su vista Lo Ilimitado, Eterno é Infinito, y crearon en su lugar unos dioses limitados, personales y variables. El dios que los Judíos crearon fué llamado Jehovah —nombre cuyo verdadero significado era conocido de pocos solamente— y le dotaron con las buenas y las malas cualidades que los caracterizaban.

Fueron perseguidos y muertos los sacerdotes naturales ordenados por el cielo, los cuales, conscientes de la divinidad que existe en el hombre, rehusaban rendir homenaje á los dioses hechos por los hombres; el culto divino llegó á ser un asunto de tráfico y quedó confiado á los clérigos ordenados por los hombres, los que no tenían ideal más elevado que sus personalidades semi-animales, representadas por los dioses que eran la prole de su imaginación. El interés de la Iglesia llegó á ser superior á la adquisición de la Sabiduría; ceremonias externas y sacrificios materiales tomaron el lugar de las aspiraciones espirituales y de las ofrendas del corazón; la esperanza de recompensas futuras y el temor de castigos en el temible estado venidero, reemplazaron á aque-

lla nobleza de carácter que procura hacer el bien por amor al Bien, sin cuidarse de las consecuencias que de ello resulten en provecho de la personalidad. Inventáronse cielos é infiernos externos, cuyas llaves estuvieron realmente en poder de los sacerdotes, porque habiéndose apoderado de la imaginación de los creyentes podían hacerles creer que estaban en el cielo ó en el infierno. Así fué destronada en el corazón del hombre la eterna *Realidad*, la *Verdad*, y apoderóse del cetro la clerecía con todas sus ilusiones.

Al crear á su dios los judíos perdieron su valor; perdieron toda confianza en su propio poder. En adelante confiaron en su criatura, y el dios cuyos progenitores eran ellos, los alimentó con promesas y profecías que jamás se cumplieron. Mientras los dioses de los romanos inspiraban á esto: hazañas y proezas, el dios judío prometía cumplir los deberes de su pueblo. En vez de ayudarse á sí mismos, esperaban ayuda de su dios y permanecían esclavo, cargados de las cadenas que ellos mismos habían forjado. En vano se alzaba hasta las nubes el olor de los becerros y de los carneros quemados en los altares de los templos. Jehovah no podía ayudar á sus adoradores. Era un monstruo creado por el egoísmo y todo lo necesitaba para sí. No podía dar vida á las judíos porque la suya dependía de la energía vital que recibía de ellos; no podía satisfacer sus expectativas porque no tenía otro poder que aquel que le prestaban sus adoradores. Quedan satisfechas las expectativas de los hombres únicamente cuando crean dioses de quienes nada esperan. Cuando realice esta verdad será inútil entonces la creación de los dioses, y los hombres volverán á ser capaces de encontrar el único Dios verdadero y universal que cumple sus promesas, obrando dentro

y por medio del organismo de la Naturaleza y del Hombre.

Mientras tengan los hombres diferentes deseos, tendrán diferentes dioses. Mientras vaguen en la base de la montaña de muchas cumbres, cada uno creará que la cumbre que vé más prominente, es la más alta de todas. Solo cuando hayan llegado todos á la cima conocerán el punto más alto; solo cuando hayan alcanzado el más alto concepto de la verdad, comenzarán á conocer al Dios universal. Verán entónces que no eran más que productos de sus ilusiones los dioses á quienes adoraban ántes y que parecían tan grandes, y que, al pisar la cima, ellos son, por decirlo así, la cima misma en razón al lugar elevado en que se encuentran.

Al adorar á los dioses que ellos crean, los hombres no adoran sino á sí mismos. Van creando una imágen mental que dotan con su propio carácter; en ella concentran sus pensamientos, sus esperanzas y sus temores, y al envejecer ellos mismos y quedarse desmolados y arrugados, se espantan de ver cambiar las facciones de la imágen que tienen delante de sí. Descubren imperfecciones en su dios al que se había figurado perfecto. Luego se esfuerzan en «curar» á ese Dios: le aplican parches, unguentos, le pintan y le visten; procuran prolongar su vida; más las nuevas generaciones, teniendo un ideal más jóven, le ven putrificarse de bajo de su barniz y de su máscara; ellas necesitan un dios jóven, un dios que se les parezca, y se crean uno.

Así están los dioses continuamente sujetos á cambios. A medida que cambia el carácter de una nación, así se va cambiando su dios. Para reformar á los dioses de la humanidad, es preciso reformar á la humanidad. Sólo

cuando los hombres sean de la misma opinión, tendrán el mismo Dios.

Empero ese ideal universal que hace que los hombres sean unánimes, no puede hallarse en credos externos, ceremonias y formas, ni en opiniones y doctrinas acomodaticias porque las apariencias exteriores y las teorías están continuamente sujetas á cambios. Cada sér humano difiere de todos los demás en su apariencia exterior y en su modo de pensar. Una sola cosa comparten todos los hombres la cual constituye su humanidad, y es la conciencia de ser hombres; el conocimiento de que son superiores á las piedras, los vegetales y los animales, y que pertenecen á la gran familia de la humanidad. Esta conciencia no cambia mientras los hombres permanecen humanos. Si se embrutece pierden la conciencia de su dignidad como séres humanos; dejan entonces de ser hombres, y no les queda nada de humano sino la forma exterior. De igual manera á medida que se elevan los hombres á la realización de lo que es divino y eterno en el hombre, alcanzando la conciencia de un estado superior de existencia, se vuelven dioses mientras tienen todavía impresa en sus formas la estampa de la humanidad. Cuando los hombres se hayan hecho conscientes de este Divino estado de existencia, no tendrán entónces sino un Dios común.

No puede haber más que una sola *Causa Suprema* de la vida, de la conciencia y de la sabiduría, y su dominio ha de extenderse doquiera que existan estos tres factores. Los hombres no pueden conocer á Dios mientras no son divinos ellos mismos; pero cuando en el curso de la evolución, el género humano se haya librado de las cadenas que le ligan á los atractivos de la materia, volverá á ser capaz de conocer dentro de sí el carácter del

Dios verdadero y universal, cuya sabiduría se manifiesta en toda la Naturaleza, cuyo aspecto exterior es visible en cualquier lugar, más cuyo poder no puede realizarse sino por aquel en quien Dios se ha despertado á la conciencia propia. Entónces sabrán los hombres que Dios es Uno y Todo en Todo, y que la Humanidad es Una espiritualmente sin separación ni división.

Entónces gemirán y sollozarán los dioses creados por el hombre porque su fin habrá llegado. Entónces se lamentarán los Fariseos y los Escribas que pretenden ser los depositarios de la sabiduría y los mensajeros de los dioses que los hombres han inventado, porque los dioses — los fámulos de la iglesia — serán inútiles, y con ellos terminará su autoridad. Entónces cesará el pueblo de sacrificar al *Becerro de Oro*, y se restaurará el reino del verdadero *Jehovah* que se regocija en el corazón del hombre cuando mata sus pasiones animales y le sacrifica sus opiniones erróneas; mas los que rehusan abrir los ojos á la luz de la verdad, permanecerán en la oscuridad y sufrirán las torturas que ellos mismos han creado por su mórbida imaginación.



NAZARETH

*El Hijo, cuyo nombre es Sabiduría,
nace de la conjunción de la Intelligen-
cia y de la Intuición.*

La *Galilea* es una de las más hermosas provincias de la Palestina. Parece un oasis en medio de los desiertos áridos que suelen verse en la *Tierra Santa*, y en uno de sus lugares más encantadores está situada la aldea de Nazareth. Los campos son verdes y las selvas numerosas; y en los verjeles que rodean las chozas de que se compone la aldea, crecen los higos y los limones. Al Oriente está el Rio Jordán que corre tranquilamente entre los jardines y las quintas que se encuentran entre sus orillas y chispea á la luz del sol, desde el momento en que el astro radiante se eleva por encima del majestuoso Monte Tabor, hasta cuando desciende bajo el horizonte detrás de los derrumbaderos del Monte Carmelo que se divisa en el lejano Oeste; mientras que hácia el Norte puede verse una pequeña faja blanca, el Mar Mediterráneo que arroja su espuma sobre la playa arenosa de la Fenicia.